



2. Xenofobia y crisis de asilo en la Unión Europea

Refugiados, islamofobia, muerte de Europa

Santiago Alba Rico

Refugiados y terroristas

Una de las consecuencias de la llamada “crisis de los refugiados”, resultado de nuestra política exterior, es que ha hecho olvidar o ha naturalizado la normalidad europea de las últimas décadas: su urgencia misma oculta “el genocidio estructural” en nuestras fronteras, la engañosa y peligrosa distinción entre “migrantes” y “refugiados” y la defensa del derecho universal al movimiento en un marco global en el que la “soberanía nacional”, y el valor de los pasaportes, es ignominiosamente desigual. Antes de Siria, el Mediterráneo era ya una fosa común, de tal manera que yo mismo podía hablar en 2007 de un “sistema económico que produce cadáveres y una sociedad que los devuelve ininterrumpidamente al mar”. No hay que olvidar las vallas, los Centros de Internamiento para Extranjeros (CIE), los vuelos de deportación ni el apoyo interesado de nuestros gobiernos a esas dictaduras que enterraban en la arena a los inmigrantes y contra las que se rebelaron en 2011 los pueblos de la zona.

Pero tampoco podemos ignorar que la derrota de esas revoluciones, en buena parte responsabilidad de Europa, ha obligado a nuestras instituciones a afrontar una afluencia de refugiados sin precedentes desde la II Guerra Mundial. El problema es cómo lo han hecho. Lo terrible, en efecto, es que, si la UE nació, al menos formalmente, como impugnación jurídica de las causas sociales y políticas de la violencia de 1939-1945 y a fin de garantizar su no-repetición, las medidas tomadas hoy contra los refugiados nos devuelven sin ambages a la Europa precomunitaria. A través —por ejemplo— del ignominioso acuerdo con Turquía, los mismos gobiernos que tildan de antieuropeísta cualquier crítica a la política económica de Bruselas, y dicen luchar contra el *Brexit* o invocan las virtudes del euro, han disuelto de hecho, en términos éticos y políticos, el continente. Europa ha muerto o, mejor dicho, la ha matado

su política de derechos humanos. Más rotundamente: la ha matado su política *contra* los derechos humanos. Esta política, por lo demás, se ha apoyado en una operación simbólica, propagandística y cultural orientada a convertir a los fugitivos en invasores y a los amenazados en amenazantes; es decir, a invertir de forma racista las relaciones y las responsabilidades. Este tipo de “inversiones”, a las que los gobiernos parecen resignarse por “pragmatismo”, acaban entregando el sentido común y las instituciones —como vimos en el pasado y estamos viendo de nuevo— a los destropulismos xenófobos y a los neofascismos nacionalistas.

Esta inversión racista que —derrota de Europa— incuba recidivas históricas apocalípticas, está asociada a la situación en Próximo Oriente y a nuestros intereses geopolíticos en la zona. El repentino y fulminante “sarampión” de los refugiados, que parece volcar sobre Europa un dolor que hasta ahora habían soportado los países limítrofes con Siria (Turquía, Líbano y Jordania), ha vinculado en la percepción de la opinión pública el éxodo sirio al terrorismo del Estado Islámico en París o Bruselas. Esta asociación falaz olvida que, según ACNUR, el 11 de julio de 2014, antes de la “invasión” de Iraq y Siria por parte del EI, había ya 3 millones de refugiados sirios en la región y que, si en el último año esa cifra ha aumentado en 1 millón, la decisión de miles de sirios de desplazarse a Europa está relacionada sobre todo con la disminución de las ayudas económicas a los refugiados (en Turquía, Líbano y Jordania) por parte de Europa y EE UU.

Igualmente hay que recordar que, según diferentes organizaciones (el Observatorio Sirio, Amnistía Internacional o Human Rights Watch), el 90% de las víctimas civiles del conflicto sirio en los últimos cuatro años deben ser atribuidas al régimen criminal de Bachar Al-Asad. En torno a 10.000 (2.770 niños) habrían muerto como consecuencia de los bombardeos aéreos con barriles de dinamita solo en los seis últimos meses de 2015. Por contraste, en su primer año de existencia los asesinos yihadistas habrían matado —según fuentes— entre 1.100 y 1.900 civiles, de los cuales más de 100 (entre 100 y 145) eran niños. No obstante estos datos, la violencia de ISIS en Europa, mucho menos destructiva que en otras partes, ha decidido la cuestión. En este punto están de acuerdo los gobiernos que expulsan a los refugiados, la extrema derecha que los concibe como enemigos y un sector de la izquierda “anti-imperialista” que apoya al régimen de Bachar Al-Asad. En colusión con las organizaciones ultranacionalistas y fascistas, por ejemplo, todos los medios se hicieron eco a mediados de 2015 de la información transmitida por la agencia rusa de noticias Sputnik y por el propio Bachar Al-Asad, según la cual miles de yihadistas con pasaportes falsos habrían entrado en la UE, camuflados entre los refugiados, para atentar contra los europeos. Por su parte, ya lo hemos visto, esta asociación entre la amenaza yihadista y el dolor de los refugiados está siendo utilizada por los gobiernos europeos para plantear nuevas intervenciones en

“... cerrar las fronteras es una medida puramente escenográfica destinada al consumo público, pero sin ningún efecto real. Los yihadistas están dentro y son europeos.”

Siria y promover una rehabilitación del régimen sirio, régimen que las potencias occidentales no solo han renunciado a derrocar sino que, tras los acuerdos entre EE UU e Irán, se ha convertido en el socio privilegiado para cualquier solución política. Lo peor, en todo caso, es que esta rehabilitación del régimen de Asad, asociada a los atentados del ISIS en Europa, ha convertido a las víctimas de las tres partes —del propio Asad, del ISIS y de la UE— en enemigos amenazadores para Europa. A juzgar por el trato que reciben —documentado

en las imágenes de Calais o de Idomeni— nadie podrá dudar que lo son.

Sea como fuere, los atentados del ISIS en Europa y la reacción institucional y mediática contra ellos han convertido a los refugiados en potenciales terroristas, lo que solo puede hacerse ignorando una evidencia: que los atentados de París y Bruselas han sido un asunto interno. Como sabemos, todos los terroristas implicados en ellos son franceses y belgas (y no sirios o árabes). Ramzy Baroud, el académico inglés de origen palestino, insiste siempre con razón en que Daesh es un fenómeno de la periferia del islam, concretamente occidental, un fenómeno que se nutre, además, de conversos atraídos menos por la religión que por la radicalidad. La violencia yihadista produce miedo pero también tiene un efecto publicitario de reclutamiento juvenil, como lo demuestra el aumento de ventas del Corán en Francia tras los atentados de enero y de noviembre y el flujo de voluntarios hacia Siria —de ida y vuelta— desde Europa y sobre todo desde Francia y desde Bélgica. Se entiende poco o nada si no se acepta la relación entre la situación de las *banlieues* europeas, nuestras cárceles y la radicalización de una frustración social volcada en moldes identitarios. En este sentido, cerrar las fronteras es una medida puramente escenográfica destinada al consumo público, pero sin ningún efecto real. Los yihadistas están dentro y son europeos.

Islamofobia y gestión del miedo

Pero estas medidas sí tienen un efecto real: convierten el miedo en un instrumento de gestión y separación de las poblaciones muy útil para nuestros gobiernos. Ese miedo se llama en este caso “islamofobia”; en Francia, en Alemania, en Bélgica, está largamente asentado y es alimentado por sectores intelectuales “autorizados” que se atreven a decir “sin complejos” lo que hasta ahora era “políticamente correcto”: callar. Cuando los gobiernos, los partidos y los intelectuales se vuelven “políticamente incorrectos”, las minorías deben echarse a temblar. Es el caso, por ejemplo, de Viktor Orban, el primer ministro de Hungría, o de Peter Bucklitsch, diputado inglés del partido eurofóbico UKIP, que escribió en Twitter tras la muerte del niño Aylan: “El

niño sirio estaba bien vestido y bien alimentado. Murió porque sus padres codiciaban una vida mejor en Europa. Son los costes de intentar colarse”. Toda una serie de medidas que asocian la discriminación racista al islam se han ido imponiendo con toda naturalidad: a la confiscación de bienes, pulseras identificatorias y prohibición de acceso a piscinas o discotecas, algunos países han añadido medidas claramente islamofóbicas: la República Checa y Eslovaquia, por ejemplo, no aceptan refugiados musulmanes y Dinamarca ha impuesto por ley el consumo de carne de cerdo en sus comedores públicos. No puede extrañar que, en esta atmósfera, se hayan multiplicado los incendios provocados en albergues de Alemania y Suecia ni que los asaltos a mezquitas y las agresiones antimusulmanas hayan aumentado hasta cinco veces el último año en toda Europa. Expulsar a los refugiados —podría decir un cínico— es casi una manera de proteger a Europa del racismo; es la única manera de que no nos volvamos aún más racistas e islamófobos.

El miedo a una amenaza exterior se conoce con el nombre de “barbarie”, frente a la cual se establece el *limes* —la frontera romana— como garantía de supervivencia civilizada, pero también, de algún modo, como ilusión de civilización. El miedo a que los “bárbaros”, semihumanos que no hablan nuestra lengua, que apenas emiten sonidos inarticulados, derriben el muro protector (pensemos en dos obras clásicas como *El desierto de los tártaros* de Buzzati o *Esperando a los bárbaros* de Coetze) y desbaraten nuestro orden civilizado, maten a nuestros niños y violen a nuestras mujeres, ha servido siempre para conferir una falsa homogeneidad a sociedades frágiles o amenazadas de implosión. El “bárbaro” es una función de supervivencia identitaria de las sociedades debilitadas y una fuente de legitimidad interna de los regímenes cuestionados. Somos civilizados solo frente a los bárbaros —que, como decía Anatole France, de “nosotros los civilizados solo conocen nuestros crímenes”.

Como sabemos, en el llamado occidente democrático, el comunismo cumplió esta función barbárica y legitimadora durante décadas. La popularidad del género cinematográfico de ciencia-ficción, en el que malvadísimos extraterrestres, muy evolucionados desde el punto de vista tecnológico pero de físico inquietante o nauseabundo, subrogaban la amenaza soviética, da buena cuenta de este uso político legitimador de la figura del bárbaro. Pensemos en los grandes clásicos del género, desde *La guerra de los mundos* (1953) a *Independence day* (1996), celebración patriótica de la victoria estadounidense en la Guerra Fría. El placer de saberse amenazado desde el exterior es inseparable del placer de saberse moral y culturalmente superior, matriz de la xenofobia y el racismo.

Tras el final de la Guerra Fría, el bárbaro se islamiza y, como ocurre en la inquietante *Alien: el octavo pasajero* (1979), se instala a vivir en la nave de la civilización; la amenaza adopta la forma del “terrorismo”. Este cambio se produce, en efecto, en un mundo ya transformado, en el que la globalización

impone intercambios generalizados y suscita formas de resistencia posmodernas y desterritorializadas. Al-Qaeda, reemplazada hoy por el Estado Islámico, es el paradigma de la barbarie global —franquicia mundializada, como el MacDonalD's— que hace inútiles las fronteras y que alarga su sombra en la figura del bárbaro interior; es decir, el inmigrante, prolongación intestinal del yihadista exterior, el musulmán “nacionalizado” y ahora el refugiado. La guerra impone como naturales las medidas de excepción. Pues bien, la “guerra contra el terrorismo” ha normalizado la excepción jurídica en forma de leyes antiterroristas incompatibles con el Estado de derecho, al tiempo que ha convertido a los inmigrantes clandestinos y a los refugiados fronterizos en fuentes de amenaza permanentes contra los que hay que levantar también fronteras internas, muros íntimos que alimentan el individualismo en la vida privada y la intervención estatal en la vida pública. El refugiado criminalizado como terrorista potencial y bárbaro irredimible induce contracciones identitarias (reflejadas en el aumento del fascismo en toda Europa) y zapa sin parar la articulación de formas colectivas de lucha y resistencia frente a la gestión política y económica del capitalismo en crisis.

Islamofobia y sexualidad

Esta interiorización del bárbaro, que ahora está entre nosotros, nos convierte paradójicamente en una sociedad bárbara o, al menos, “primitiva”, incapaz de distinguir entre delito, pecado y enfermedad. No es una casualidad que el extraterrestre haya dejado su lugar al zombi, el familiar que se vuelve extraño (“siniestro” lo llamaba Freud), el muerto inmortal que todos llevamos dentro y que, además, como el portador del VIH o del ébola, contagia su inmortalidad caníbal. El zombi, cuyo aspecto semidescompuesto evoca al leproso medieval, excluido y amenazador, cierra esta recategorización del bárbaro que acompaña a la globalización y que asocia de nuevo, como en el pensamiento “salvaje”, cuerpo, pobreza, contagio, violencia, delito. El refugiado, en general musulmán y potencialmente terrorista, traslada en su cuerpo excesivo el germen mortal que, bárbaro impersonal, se difundirá en nuestras ciudades, destruyendo la civilización y generalizando el caos y la violencia social. Ninguna expresión de esta potencia in-civilizada del refugiado es más clara que su “sexualidad irregular” —marca rutinaria del racismo y en concreto de esa forma de racismo que llamamos “islamofobia”—. Pensemos, en efecto, en el uso fraudulento que se hizo de las agresiones sexuales sufridas la última noche de 2015 por mujeres alemanas. La inmediata atribución de la violencia a grupos organizados de refugiados sirios sirvió para justificar el rechazo al islam en nombre del feminismo y la libertad sexual (y, de paso, para afirmar la “superioridad” liberal de nuestra civilización bajo el manto de una muy patriarcal defensa de “nuestras mujeres”). Una revista polaca publicó en portada la imagen de una mujer blanca y rubia, vestida con una bandera de Europa

desgarrada por violentas manos oscuras; y la muy progresista *Charlie-Hebdo*, por su parte, se permitió resucitar al niño Aylan para convertirlo —¿en qué se habría convertido de haber crecido?— en “sobador de culos de alemanas”. El propio gobierno alemán publicó una “guía de conducta sexual para refugiados” cuya ignorancia etnocéntrica y paternalismo colonial solo ha contribuido a generalizar la imagen del musulmán salvaje, subdesarrollado, infantil, naturalmente incivilizado. Nadie recordó que lo que realmente ha aumentado en Europa en los dos últimos años son las agresiones islamofóbicas y que el 80% de las mismas tienen como víctimas precisamente a mujeres (que siguen siendo mujeres aunque vayan veladas). Cuando algunos periodistas minoritarios revisaron la versión inicial de la terrible noche de Colonia y se descubrió que había habido más robos que agresiones sexuales y, sobre todo, que de los 54 detenidos algunos eran alemanes y solo cuatro eran refugiados sirios, el mal ya estaba hecho. La presión de la opinión pública —junto al asalto a albergues— hicieron cambiar la posición de Merkel y facilitaron sin duda las medidas ulteriores, incluida la política de expulsiones colectivas y el infame acuerdo con Turquía. La islamofobia, como política de gobierno y como “sentido común”, está devolviendo a los refugiados al horror del que huyen y a los europeos a su propio pasado, del que creían haber escapado. Los “refugiados” somos nosotros; los que, literalmente, “huimos hacia atrás” y nos encerramos detrás de los muros de la ignorancia, el miedo y el racismo. Desde detrás de esos muros, cada vez menos democráticos, seguimos interviniendo económica, política y militarmente en los países cuyos habitantes arrojamos luego al mar.

Repetición y solución

Tras el atentado de Bruselas del pasado mes de marzo, escribía que, frente a un fenómeno que se repite y cuyo objetivo es la repetición misma, no hay mucho espacio para la originalidad ni en los análisis ni en las respuestas. Hay dos posibles abordajes. Uno es el “nuestro”, el que hasta ahora han venido practicando los gobiernos occidentales: frente a la repetición del terrorismo, y contra toda lógica, repetir las mismas respuestas: 1. Considerar con neurótico narcisismo “nuestras libertades y nuestra democracia” el objetivo de los yihadistas, lo que lleva paradójicamente a restringir unas y otra. 2. Criminalizar policialmente a los miembros de la “comunidad musulmana” mientras se les conmina a hacer gestos públicos que no dejen dudas sobre su “voluntad de integración”. 3. Firmar y aplicar acuerdos sobre refugiados que, además de violar el ADN mismo de los derechos humanos y la Carta Fundacional de la ONU, alimentan la creciente islamofobia y xenofobia de los ciudadanos europeos. 4. En el plano internacional, apoyar o rehabilitar dictadores —pensemos, claro, en Arabia Saudí, pero también en Bachar Al-Asad, entrevistado recientemente por *El País*, o en el general Sisi, entrevistado por *La Repubblica*—, política que en el pasado condujo al levantamiento de los pueblos “árabes” y, una vez de-

rrotadas las revoluciones de 2011, a una reactivación de los yihadismos contra los que se legitimaban esos regímenes. 5. Una política de venta de armas y de intervenciones múltiples, incluidos bombardeos aéreos, que solo han servido para provocar más víctimas que el propio terrorismo, aumentar el caos en el que el yihadismo nace y se fortalece y agravar las divisiones regionales que impiden combatirlo en su terreno.

¿Hay otra respuesta? La hay, aunque tampoco es novedosa en su formulación, y si muchos la repetimos, desgraciadamente en el vacío y siempre en medio del dolor, es porque nuestros gobiernos, en lugar de escuchar, prefieren *obedecer* a Daesh y reproducir una y otra vez las condiciones de su existencia. Desde el realismo más modesto, sin pretender acabar mágicamente con “el mal en el mundo”, a sabiendas de que el próximo atentado es inevitable —pero no quizás el siguiente— se impone recordar una vez más un puñado de verdades sin las cuales nunca conseguiremos ni frenar el terrorismo ni defender “nuestros valores”.

1. La mayor parte de las víctimas de ISIS y la mayor parte de los que combaten a ISIS son musulmanes. 2. Muchos de los yihadistas de ISIS son europeos, sobre todo franceses, belgas e ingleses. 3. Los refugiados sirios, que huyen más de las bombas de Bachar Al-Asad que del yihadismo, son considerados, en todo caso, “fugitivos del verdadero islam” y Daesh los clasifica entre sus enemigos, como a todos los que —musulmanes o no— no comparten su delirante *takfirismo* wahabí radical. 4. Daesh no combate “la democracia” sino la “herejía” en todo el mundo y no se nutre de “alta teología” sino de milenarismo utópico y de radicalismo rebelde global —el de los “consumidores fallidos” y los “ciudadanos incompletos” de Europa y el “mundo árabe”—. 5. La islamofobia en Europa y el eurocentrismo exaltado e hipócrita dan la razón y alimentan la estrategia de Daesh. 6. Las leyes de excepción, la erosión del Estado de derecho y la aplicación de castigos de orden ontológico —por su condición y su selección “racial”— no van a garantizar la seguridad a los ciudadanos, pero sí están consiguiendo convertir a los gobiernos europeos, al debilitar los valores que se dice defender, en auténticas “dictaduras árabes”, con el retroceso civilizacional y el peligro entrópico que ello entraña. 7. El apoyo a “dictaduras árabes” —con armas, financiación y acuerdos económicos y migratorios— no solo desprestigia la política exterior europea sino que “desarma” a los ciudadanos locales, amenazados por el Daesh, a la hora de enfrentarse a él. 8. Sin democracia y derechos (políticos y sociales) no hay paz y sin paz no puede haber “contratos sociales” que impliquen a todos los ciudadanos en la lucha contra el terrorismo; en esa dirección, la UE debe revisar sus relaciones políticas y comerciales con sus aliados, lo que incluye, desde luego, a Arabia Saudí e Israel.

En definitiva: hay que decir no al ISIS, no a la islamofobia, no a las deportaciones de refugiados, no a los bombardeos, no a las leyes de excepción, no a los recortes de libertades, no a las dictaduras, no a la venta de armas;

un conjunto de “noes” a favor de la seguridad global —de la democracia global— que solo podremos imponer como “sentido común” si se imponen como palabras comunes. Nuestros periodistas, nuestros intelectuales, nuestros partidos políticos de oposición deberían entender de una vez que se trata de mucho más que de evitar el próximo atentado: se trata de evitar el colapso material y moral de la civilización que el ISIS y la Gran Coalición que lo combate se han puesto de acuerdo en provocar. El destino de los refugiados marcará sin duda el destino de Europa.

Santiago Alba Rico es escritor y miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.